

ACOMPañARSE EN LA ENFERMEDAD

IX

En este escrito quiero relatar cómo me ha afectado la enfermedad de mi esposa, Pepita. Dado que la vivencia es muy extensa, me voy a detener sólo en los aspectos más trascendentales, aquellos que me han hecho cambiar la vida, unos para mal y otros para bien. Por mi conciencia, mi fe, mi obrar, he descubierto que esta experiencia ha despertado en mí unos valores que tenía dormidos o no los había practicado.

crecemos

DOCUMENTO DE ACCIÓN CATÓLICA OBRERA



Imaginad cuando, en una revisión médica, te dicen que la persona que amas sufre de Alzheimer. Es el primer jarro de agua fría; a partir de este momento el pensamiento se descentra y no sabes por donde tienes que tirar. Ordenas la casa, y vigilas los fogones, las llaves, las puertas..., para que no se haga daño. Y todo ello procurando que ella no se dé cuenta porque quiere seguir haciendo las cosas (pero no le salen bien y tienes que hacer las mil y una para darle la vuelta a todo inventándote cosas).

«Esta experiencia ha despertado en mí unos valores que tenía dormidos o no los había practicado»

La Pepita se empieza a rebelar contra mí porque no le dejo hacer todo lo que quiere. Cuando sale a la calle no quiere que la acompañe, pero yo no la pierdo de vista y la sigo a relativa distancia. Cuando primero salía sola por la calle (le dábamos un poco de autonomía) se perdía a menudo. Un día, a media tarde, se perdió, y no la encontrábamos

de ninguna forma; imaginad, se acerca la noche, no la encuentro y me cae el mundo encima.

«En situaciones muy penosas, me quedaba el último recurso de pedir ayuda al ángel de la guarda»

Las situaciones de peligro como ésta se repitieron muchas veces y alguna mucho peor. Pero os puedo decir que, en situaciones muy penosas, me quedaba el último recurso de pedir ayuda al ángel de la guarda: siempre lo invocaba y siempre me respondía. Por eso le profeso una devoción especial.

Del centro de día a la residencia

La situación en casa, cuando la enfermedad se agravó, era muy complicada; todo era rebeldía y no le podía cubrir las atenciones de la higiene diaria porque ella se plantaba y no dejaba que le hiciera nada. La tenía que poner a punto para



llevarla al centro de día y yo, esperando sentado en el sillón, desesperado, esperando ver si se abría una rendija para poder aprovechar y prepararla para salir. Lo pasaba muy mal ante la imposibilidad de hacer nada.

«Primero cuidaba a Pepita, pero poco a poco, me fui implicando en la atención de otros enfermos residentes»

En el centro de día también lo pasaron mal, porque Pepita, al verse encerrada, se ponía muy nerviosa y gritaba muy fuerte. A menudo me llamaban pidiendo que la fuera a buscar. Durante este tiempo, no encontré ningún beneficio porque ambos sufríamos, y mucho. Conjuntamente con el Hospital del Mar, nos ofrecimos para hacer investigación de la enfermedad. Fue un sacrificio muy grande para Pepita, dado que cada prueba era muy complicada y, en los últimos meses, aún fueron más difíciles.

Otra sacudida fue cuando decidí que debía ingresar en la residencia; fue un golpe muy

fuerte ya que era la primera vez que la sacaba de casa. De hecho, ingresamos ambos. Primero cuidaba a Pepita, por la mañana y por la tarde, pero poco a poco me fui implicando en la atención de otros enfermos residentes, hasta el punto que les parecía que yo era también un empleado de la casa. El personal de la primera planta de la residencia se convirtió en mi familia. Creando el ambiente favorable, llegamos a hacer amistad, no sólo con los residentes, sino también con los familiares.

«Me emociona pensar en el recuerdo que me ha quedado de tantas cosas buenas que hemos compartido Pepita y yo»

Cuidadores, enfermos y familiares me enseñaron mucho más que en un curso de psicología que hice en la misma residencia. Comprendí a los enfermos, los sentimientos y el desprendimiento de los familiares. También descubrí la sensibilidad que tenían los cuidadores, vocacionales, entregados a un trabajo tan desagradable.

Durante la estancia en la residencia, Pepita y yo descubrimos la manera de hacernos felices; en cada momento estábamos en comunicación, parecíamos dos pichones. Yo la alimentaba con diálogo, con afecto, con todo tipo de detalles y ella me respondía con caricias, besos, abrazos y risas, que me hacían muy feliz. Todo esto duró mucho tiempo, mientras ella perdía facultades y yo le daba amor. Estos sentimientos duraron hasta el final.

Me emociona pensar en el recuerdo que me ha quedado de tantas cosas buenas que hemos compartido Pepita y yo. Cuando estábamos en la residencia, las cuidadoras decían «cuando Pepita falte, Joan se derrumbará». Pero no ha sido así, sino que me he implicado más en la vida. Porque en cada momento recuerdo los momentos vividos con ella, me siento en contacto con Pepita, y le doy gracias porque intuyo que me está ayudando y que, seguro, se encuentra donde se merecía, cerca de Dios.